

1. SOSPECHAR

Sospechar:

Imaginar algo por conjeturas fundadas en apariencias o indicios.
Desconfiar de algo o de alguien. Considerar a alguien como posible autor de un delito o una falta.

Mi madre dice que la noche en que nació cayó una lluvia de estrellas y que por eso seré afortunada, que tendré una vida llena de cosas buenas y que la mala suerte pasará por mi lado sin apenas rozarme.

Estoy agachada delante de la lavadora con una camisa de Mario en la mano, vuelvo a olerla por milésima vez y pienso que la mala suerte, esa que dice mi madre, ha entrado en mi vida a lo grande. Me pongo de pie y la extiendo encima del mármol buscando algún resto de pintalabios, pero no encuentro nada, solo ese leve olor a perfume unido al del suavizante que utilizo siempre. Vuelvo a llevármela a la nariz y aspiro con fuerza cerrando los ojos. A lo mejor no es lo que pienso, puede ser que haya abrazado a una compañera. Aunque yo sé que no es ninguna compañera. Las señales de alarma se disparan en mi cabeza de golpe, una detrás de otra, como ese día en que le pedí su móvil porque me había olvidado el mío en casa y quería llamar a Sara: no se separó de mi lado hasta que le devolví el teléfono. O esa prisa al deshacer la bolsa de deporte cuando viene del gimnasio; antes no lo hacía nunca. ¿Y por qué está tan contento? No se enfada nunca ni protesta por nada.

Puede ser que esté viendo fantasmas, pero creo que no. ¿Por qué, si no, hace tanto tiempo que no hacemos el amor? Nunca hemos sido muy activos en la cama, pero hasta aho-

ra no me había dado cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos sexo. Tampoco lo he echado de menos, estaba tranquila porque no me molestaba. Se queda dormido en el sofá y siento alivio porque así no tendré que poner una excusa; después lo oigo meterse en la cama de madrugada, con tanto cuidado al levantar las sábanas para no despertarme, que me doy cuenta de que no hace falta ninguna excusa.

Dejo la camisa en el cesto de la ropa sucia otra vez. No la lavo; no sé por qué, pero decido no meterla en la lavadora.

Me voy a la habitación y abro los cajones de su mesilla, los registro buscando indicios de algo que me parezca sospechoso, pero no encuentro nada. Me sudan las manos y el corazón me late tan fuerte que parece que se me va a salir por la boca. Meto las manos en los bolsillos de sus americanas con el mismo resultado. Tengo que sentarme en la cama porque creo que voy a vomitar.

Esto es irracional, seguro que no será nada, ¿por qué me he puesto así? Porque en el fondo sé que si sigo buscando no encontraré nada, porque él no es tonto, pero no encontrar no significa que no haya. Me levanto y cierro la puerta para verme reflejada en el espejo de cuerpo entero que hay pegado detrás. Me miro primero de lejos y después me acerco. Me levanto la camisa, me pongo de perfil y me pellizco el michelín que asoma por encima del pantalón. La imagen que me devuelve el espejo no me gusta: la flacidez por la falta de ejercicio, unas caderas demasiado anchas y, lo peor de todo, los pies. Corro a ponerme unas zapatillas; no me gustan mis dedos, no los enseño nunca. Si me preguntaran qué parte de mi cuerpo detesto, diría los pies, sin pensarlo.

Tampoco ayudan este color tan blanco de piel ni la ropa. Maldita la hora en que oí la camisa. Me veo fatal, y si me

comparo con las madres de las amigas de Sara, parezco diez años más vieja que ellas.

Oigo abrirse la puerta de la entrada, me bajo la camisa rápido y me recojo el pelo; cualquiera diría que a la que han pillado en falta es a mí.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —digo asomando la cabeza por la puerta.

Sara entra en la habitación y me roza la mejilla con los labios; en otra ocasión le habría dicho que me diera un beso en condiciones, hoy me callo.

—Estoy muerta, toda la tarde buscando algo para la fiesta del sábado. Se deja caer en la cama bocarriba y abre los brazos, para levantarse enseguida y sacar un vestido de la bolsa que deja en el suelo—. Mira, ¿te gusta?

—Muy bonito, estarás muy guapa, pero ¿no te parece que es demasiado estrecho? —contesto mientras ella se cuelga la percha por la cabeza y da vueltas sujetando el vestido con las manos en la cintura.

—Me lo pruebo y me coges el bajo.

—Venga, coge los zapatos voy a buscar unos alfileres.

—Mamá, ¿estás bien?

—Claro, ¿por qué no voy a estarlo?

—No sé, estás rara.

—¿Rara? ¿Por qué voy a estar rara? —contesto intentando que mi voz suene natural.

—Me pareció, por eso te pregunto.

No contesto porque ella ya ha salido de la habitación olvidándose de mí.

Mientras le pongo los alfileres, Sara no deja de hablar de la fiesta del sábado.

—Mamá, ¿me estás escuchando?

—Sí.

—Pues no lo parece, te he dicho que lo quiero más largo.

—Más largo te arrastrará.

—Se llevan así.

—¿Quieres ir recogiendo todos los escupitajos que vayas encontrando por el camino, además de todas las meadas de perro? —digo en voz baja. No tengo ganas de discutir.

—Siempre estás igual, nunca te parece bien nada de lo que te digo; déjalo, ya se lo llevaré a la madre de Carla —dice dando un tirón del vestido y saliendo enfadada de la habitación.

Nunca nos ponemos de acuerdo en nada. A veces pienso que soy demasiado estricta con ella, pero mis padres lo fueron conmigo y no he salido tan mal. No me gusta que vista con ropa tan estrecha y que esté todo el día con el dichoso móvil en las manos; será cosa de la edad, pero no me acostumbro, y a ella parece que no le gusta que se lo diga.

Salgo con la excusa de buscar el pan para la cena. Necesito estar sola un rato. No presto atención a lo que me dice la dependienta, porque no paro de darle vueltas a la camisa. Al salir me siento en un banco y hago un repaso de todos nuestros años de relación para saber por qué Mario ha decidido engañarme, si es que lo ha hecho, y encuentro mil motivos. Porque esto que tenemos no es lo que se supone que esperas cuando decides compartir tu vida con otra persona. Nos hemos acostumbrado el uno al otro, a nuestras manías, a la rutina, al desamor. ¿Estoy enamorada? No debería dudar para responder, pero lo hago, porque no estoy segura. Desde luego, la pasión se agotó hace tiempo. ¿Será normal estar deseando que se quede dormido en el sofá por las noches? ¿Y fingir que estoy dormida cuando se acuesta? No salimos nunca con otras parejas porque a mí no me gustan sus amigos y porque yo debo de gustarles menos a ellos; no hacemos casi nada juntos.

Tengo ganas de llorar y, aunque soy de lágrima fácil, esta vez se resisten a salir; es como si no quisiera hacerlo porque no hay motivos para ello. Me digo que soy tonta, que estoy imaginando de más; sin embargo, aunque Mario no me haya engañado, debería llorar, porque hace mucho tiempo que nuestra relación está deteriorada.

Vuelvo a casa, y desde el recibidor veo su cabeza, de pelo negro y abundante, y la espalda grande y fuerte donde imagino que ahora una intrusa apoyará la cara mientras le rodea la cintura con los brazos. ¿Cuánto tiempo hace que no tengo yo ese gesto con él? Demasiado, porque no logro recordarlo. ¿Cómo hemos llegado a este desinterés del uno por el otro? Yo no soy cariñosa, pero él nunca me ha demandado nada, no se ha quejado. Se acostumbró. Pero ¿acaso alguien se acostumbra al desapego, a la escasez de besos y caricias cuando lo que más le gusta es el exceso de ellas?

Al principio de nuestra relación me agobiaban tantas muestras de afecto. Debo de ser un espécimen raro, pero no soportaba que me tocara todo el tiempo. Antes de que naciera Sara, cuando él llegaba de trabajar, me buscaba. Si estaba en la cocina, me besaba el cuello y empezaba a quitarme la ropa; nunca cedí, le daba un manotazo y le decía que tenía que ducharme o cualquier otra excusa tonta, y me escurría como una anguila. Nunca hemos hecho el amor en un lugar que no fuera la cama, nada de esas escenas de película donde los amantes dan rienda suelta a su pasión por toda la casa, incluso en lugares públicos. Ahora que lo pienso, es como si nunca hubiéramos estado recién casados, como si desde el primer día ya hubiéramos llevado muchos años juntos; y lo que mata la rutina en nuestro caso ya estuviera muerto desde el primer día. ¿Quiero a Mario? Sí, claro que lo quiero; si no, no estaría ahora dándole vueltas al olor del maldito perfume.

Me entretengo al quitarme los zapatos y colgar la chaqueta en el perchero; es como si me diera miedo entrar, porque llevo escrito en la frente: «Sé lo que haces».

Respiro hondo y entro al comedor. Mario se levanta, deja lo que está haciendo en el ordenador y viene hacia mí, pero no me besa. No me sorprende; hace ya mucho tiempo que los besos fueron haciéndose más escasos, hasta desaparecer.

—¿Quieres cenar ya? —La vista se me va a la pantalla del portátil; el paisaje de una playa se burla de mí. Sea lo que fuera que estaba haciendo, no lo veo—. Voy a preparar la cena —dice caminando hacia la cocina. Desde hace tiempo la prepara siempre él. Costumbres adquiridas.

—No voy a cenar.

—¿Por qué? —pregunta sin girarse.

—No me encuentro bien, voy a ducharme y me voy a la cama. —Debería decirle que no tengo hambre, porque pienso que está engañándome, que creo que se acuesta con otra y que por eso no tiene ganas de hacer el amor conmigo.

—Entonces para mí solo me hago cualquier cosa. Sara ya ha cenado. Además, tengo que terminar unas cosas del trabajo; así voy adelantando. —Dice todo esto desde la cocina y, aunque es una tontería, me parece que se siente más cómodo por no compartir espacio conmigo.

No le contesto. Me meto en el baño y me siento en el filo de la bañera, apoyo los codos en las rodillas y me tapo la cara con las manos, aunque no lloro.

Después de darme una ducha, me voy a la cama; ni siquiera paso por el comedor para decirle que me voy a dormir ni deseárselo buenas noches, y a él ni siquiera le extraña. Otra costumbre adquirida.

Aunque hace calor, me tapo con la sábana. Doy vueltas porque no puedo dormir, cosa impensable en mí hasta esta ma-

ñana, cuando descubrí esa fragancia que me persigue todo el tiempo. Son más de las tres y sigo despierta. Cuando oigo que entra en la habitación me pongo tensa; él se mete en la cama con cuidado para no despertarme, como siempre.

Debería preguntarle si no tiene nada que contarme, pero no lo hago, porque me diría que no. Pasa un rato y no deja de dar vueltas; antes se quedaba dormido enseguida. Otra señal.

No quiero moverme, para que piense que estoy dormida. Me parece absurdo; no sé si ha pasado algo, si me ha engañado o no, y estoy aquí envenenándome por dentro.

Me levanto temprano porque tengo planes. Cuando él se despierta, ya estoy vestida. Me mira extrañado, porque nunca salgo antes que él.

—¿Qué haces arreglada tan temprano?

—Tengo que ir al médico con mi madre. Si no necesitas el coche, me lo llevo yo.

—No, iré en metro. ¿Quieres que te acerque yo?

—No, aprovecharé para ir al centro comercial después. Nos vemos a la noche.

Salgo sin darle un beso; él tampoco hace ademán de darme ninguno.

Entro en el coche, abro la guantera y revuelvo el interior. Voy sacando papeles que descarto cuando los leo: unas gafas de sol viejas, recibos de aparcamiento, un paquete de chicles de los que compra Sara. No encuentro nada sospechoso. Acerco la nariz al reposacabezas del asiento del copiloto buscando algún rastro de perfume. No huele a nada, a mi colonia de siempre y a coche. Busco algún pelo de diferente color al mío, pero no encuentro nada.

No voy a casa de mi madre, voy a la oficina de Mario. Dejo el coche en un aparcamiento que hay a dos manzanas, por-

que no quiero que lo vea. Busco un sitio para esperar, desde donde veo la entrada pero puedo pasar inadvertida.

Diez minutos antes de su hora de entrada, lo veo llegar. Se para un momento, saca el móvil y teclea algo; a pesar de la distancia que nos separa, puedo vislumbrar una sonrisa en la cara. Me quedo escondida desde donde puedo observar sin ser vista. Espero.

Empiezan a salir algunos compañeros que conozco; es la hora del almuerzo y es una oficina pequeña, así que no hay peligro de que salga y no lo vea.

¡Ahí está! El corazón me da un vuelco, estoy tentada de irme. ¿Qué hago aquí, espiando a mi marido? Sin embargo, no me voy; tengo que averiguar qué está pasando, aunque lo que vaya a descubrir no me guste. Se sienta en una terraza y, aunque no oigo lo que le pide al camarero, sé que es un café solo. Le llevan la taza y lo veo sacudir el sobre de azúcar antes de abrirlo, en un gesto que le he visto hacer miles de veces. Saca el móvil, escribe algo y vuelve a sonreír. No viene nadie, sigue solo. Sigue escribiendo en el móvil, sonriendo tontamente. Se acaba el café y entra de nuevo en la oficina. De momento vamos bien. Siento las piernas y los brazos laxos, como si fueran de goma, igual que esos muñecos que tenía Sara cuando era pequeña, a los que estiraba y estiraba y en cuanto los soltaba volvían a su postura original. Pero yo no podré volver a ser como antes, porque si descubro algo, todo cambiará, y si no lo hago, me sentiré mezquina por haber desconfiado de mi marido hasta el punto de espiarlo.

Debería irme a casa, olvidar esta absurda idea que se me ha metido en la cabeza; sin embargo, me quedo sentada, esperando, porque ya no falta tanto para la hora de comer.

Tres horas, tres horas bajo este sol achicharrante sin hacer nada más que mirar la puerta, sin desviar la mirada de ella

ni un segundo, y no me muevo a pesar de que no soporto el sol. Hace años que no voy a la playa. Menos mal que llevo los brazos cubiertos y pantalón largo.

Se abre la puerta y empieza a salir gente: su jefe con otro hombre que no conozco, los compañeros que se sientan en la misma mesa donde almorzaron; ni rastro de él. No ha podido salir sin que lo vea; imposible, no he apartado la vista de la puerta. El último. Se detiene en la mesa, aunque no se sienta con ellos. Les dice algo, mira el reloj, le da una palmada en la espalda al que tiene más cerca y se va.

Tengo que levantarme aunque no quiera; si me quedo aquí, todo este tiempo no habrá servido para nada y mañana no podré volver. Me conozco, no tendré paciencia y esta noche le escupiré todo el veneno que llevo dentro sin saber siquiera si tengo algo que reprocharle; y ya no habrá marcha atrás.

Lo sigo a una distancia prudencial para que no me vea. El alivio casi me hace llorar cuando lo veo entrar a una librería. Qué tonta, qué insegura y malpensada. Le gusta leer. En casa hay montones de libros que a mí no me ha dado por abrir nunca; en realidad, pienso en las pocas cosas que tenemos en común. Me apoyo en el capó de un coche, saco la botella de agua y le doy un trago. El agua parece caldo. Estoy sudando y me siento fatal por haberlo seguido. No está bien. Me incorporo para irme cuando lo veo salir. No lleva nada en las manos y se detiene en la puerta a esperar, mirando a un lado y otro de la calle. Enseguida sale una mujer que cierra con llave y se van juntos. No se dan la mano ni nada por el estilo; caminan uno al lado del otro hablando y riendo. De vez en cuando, ella le da un manotazo en el brazo, como si lo riñera por alguna cosa que le ha dicho él. Vuelvo a apoyarme en el coche y me quedo quieta viéndolos alejarse, porque no estoy preparada para ver más. Por hoy ya he tenido bastante.

Si hace dos días alguien me hubiera dicho que a las diez de la mañana iba a estar en camisón, sin ni siquiera haberme lavado la cara ni haber hecho las camas, me habría reído en su cara. Sin embargo, aquí estoy, sentada delante de la taza de café con leche. Me aprieto el cinturón de la bata y pienso que ninguna mujer de cuarenta y dos años debe de tener una bata de verano. Desde luego, la rubia de ayer seguro que no. Desde que la vi no dejo de compararme con ella. ¿Será verdad lo que me dice Sara, que soy una antigua? En mala hora fui ayer a investigar; anteayer vivía mejor que hoy: no sabía, no pensaba, no sufría, no...

Me levanto y tiro el café con leche al fregadero. No tengo nada que hacer. Podría pintar las rayas de los azulejos del cuarto de baño, pero no tengo ganas; tampoco hace falta, están impolutas. Como todo en esta casa. Bueno, como casi todo, porque mi matrimonio necesitaría una capa de chapa y pintura. No puedo estar toda la mañana sin hacer nada, aquí sentada. Ayer no me habría importado quitar las cortinas para lavarlas, aunque hubieran estado limpias, o sacar la ropa de los armarios para ordenarla, aunque tampoco tuviera necesidad. De qué me ha servido tanto orden y limpieza, ser tan buena ama de casa; él ha preferido a una fulana rubia con pinta de tener la casa como una cuadra.

Me quito la bata, que cuelgo en el galán de noche, y de nuevo pienso que no debe de haber nadie de mi edad que tenga un galán de noche. Y a mí qué me importa. No conozco a esa mujer y ya me hace plantearme mi forma de ser.

Decido volver para asegurarme de que lo que vi es lo que pienso. Le he dado muchas vueltas y puede que sea una cliente a la que le llevan las cuentas y fue a darle unos papeles, o la mujer de un compañero; en realidad no vi nada.

Abro el armario para buscar algo que ponerme y elijo una

camisa blanca cerrada de media manga, no me gusta enseñar los brazos, y un pantalón negro clásico. Nunca llevo vestidos: tengo las piernas muy blancas y los tobillos anchos.

Salgo de casa preguntándome si estaré haciendo lo correcto al volver allí, pero ¿acaso es correcto que tu marido te ponga los cuernos? De camino a la librería entro en unos chinos y me compro unas gafas de sol grandes que me tapan media cara. Miro el reloj y veo que aunque tengo tiempo no puedo entretenerme si no quiero que Mario me encuentre si vuelve a la misma hora de ayer. Tengo el estómago encogido y a medida que me acerco me da la sensación de que va haciéndose más pequeño.

Al llegar, antes de entrar, miro el escaparate; libros, no me llama la atención ninguno, no me gusta leer. A través del cristal veo que no hay nadie. Empujo la puerta y suena una campanilla de esas que ya no quedan en ninguna tienda. Es un local pequeño, con las estanterías de madera decapadas en blanco y el suelo de tarima envejecida. Un par de mesas enormes con libros encima llenan el espacio; al fondo, un mostrador pequeño con una caja registradora antigua y un timbre de esos que tienen en los hoteles que salen en las películas. Miro alrededor aprovechando que no hay nadie, y es como si al haber cruzado la puerta hubiera viajado hacia atrás en el tiempo. No hay ordenador ni lector de código de barras para cobrar; las lámparas son antiguas, como todo en este sitio. Nada de fluorescentes que den mucha luz; hay la indispensable para poder leer los títulos de los libros. Aunque no es la decoración que yo habría elegido, he de reconocer que es bonita.

No sale nadie. No toco el timbre, no me atrevo; no sé cómo reaccionaré cuando la vea. Doy una vuelta y paso el dedo por encima de los libros para ver si tienen polvo. Están limpios.

—¡Hola! —Me asusto al escuchar la voz—. Perdona, no te oí entrar, estaba ordenando unas cajas.

—Hola.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias; estoy mirando.

Me muevo un poco para esconderme detrás de los libros y poder observarla sin ser vista, y lo que veo no me gusta. Debe de tener mi edad, aunque no tiene nada que ver conmigo. Es rubia, teñida, por supuesto; lleva el pelo demasiado largo para su edad; cuando se van cumpliendo años, hay cosas que ya no pegan. El escote deja ver el sujetador de blonda cada vez que se mueve. Pasa por mi lado para dejar una pila de libros encima de una mesa y un olor a fruta madura queda suspendido en el aire. Aspiro con fuerza para ver si es el mismo aroma que olí en la camisa; juraría que sí. Empiezan a temblarme las manos, así que dejo el libro que había cogido para disimular porque temo que se me caiga al suelo.

Cuando se aleja, la observo de nuevo. Vestida da el pego, supongo que desnuda el paso del tiempo habrá hecho su trabajo. ¿La habrá visto Mario desnuda? ¿Se habrán acostado o hará poco tiempo que se conocen? Qué más da eso; la rubia tiene pinta de irse a la cama en la primera cita.

Suena el teléfono y a medida que habla, el tono de su voz va cambiando. A pesar de oír solo lo que dice ella, me doy cuenta de que no son buenas noticias. La veo sacar el bolso de debajo del mostrador y acercarse a mí. Me meto las manos en los bolsillos para evitar que vea cómo me tiemblan.

—Lo siento, pero tengo que cerrar. Me han llamado del hospital; mi madre está allí, tengo que irme.

—No pasa nada, ya volveré.

Salimos juntas y, cuando he andado unos pasos, me doy la vuelta.

—Que no sea nada —digo.

—Gracias. —Levanta la cabeza para contestar, porque está agachada echando la llave a la persiana, y puedo ver reflejada la preocupación en su rostro.

No me da ninguna pena; yo también estoy preocupada por su culpa. Me voy a casa contenta. Si Mario viene hoy, se encontrará la tienda cerrada. La madre de la rubia me cae de fábula.

El día se me hace eterno esperando a que Mario llegue del trabajo. He tenido que hacer un esfuerzo enorme para que Sara no me encuentre rara. No le he prestado atención a nada de lo que me ha dicho, aunque tampoco me explica mucho; debe de ser cosa de la edad. Prefiero pensar eso a que no tiene confianza conmigo, pero si soy honesta sé que la relación que tenemos no es la que a ella le gustaría. Seguro que piensa que soy demasiado severa y que soy una antigua.

Entro en la ducha y me meto bien el pelo dentro del gorro de plástico para evitar que se moje. Antes de salir, paso una bayeta por la mampara para limpiarla.

Al echar la ropa dentro del cesto para lavar, veo la camisa en el fondo y me pregunto cómo estará la madre de la rubia. ¿Será algo grave? ¿Si se muere irá Mario al entierro a consolarla? Qué cosas pienso. Tendrá culpa la pobre mujer de que la hija sea una fresca.

Cenamos en la mesa pequeña, delante del sofá. Sara se sienta en el suelo, encima de unos cojines. Estoy incómoda por la cercanía de Mario, lo siento como un extraño. No me parece la misma persona que era hace un par de días. El padre y la hija no paran de hablar y una punzada de envidia hace su aparición para instalarse durante un rato conmigo en el sofá, porque aunque debería alegrarme de que se lleven bien, me molesta que tenga más complicidad con su padre que con

migo. ¿Lo querría tanto si supiera que me es infiel? Sin dudar ni un segundo, yo sola me contesto que sí; lo defendería y justificaría su actitud, lo sé sin necesidad de preguntárselo. Cuando Sara se va a su habitación y nos quedamos solos, evito mirarlo; él no para de hablar de tonterías, nada importante. Está nervioso. Se delata sin querer, lo noto porque son muchos años juntos y, como yo, evita mirarme a los ojos. Me voy a la cama, porque no sé cómo actuar, y pienso que si me quedo más rato meteré la pata, diré algo inconveniente, y no quiero. Ahora necesito descubrir la verdad.

Irene

Las doce. Me duele la cabeza. Estoy segura de que es porque tengo que ir a casa de mi madre. No es la primera vez que me pasa, es como si el cuerpo sintiera un rechazo y me lo hiciera saber. Si voy a verla, el dolor será monumental, se expandirá desde los ojos hasta la parte de atrás de la cabeza para volver otra vez hacia delante en oleadas cada vez más grandes. Ordeno unos libros que han traído y le pregunto a la única clienta que hay en la tienda si necesita ayuda. Dice que no. Mejor, no tengo ganas de hablar.

El día en que repartieron a las madres me tocó el premio gordo. Ya hace un mes desde la última vez que la vi. Me apena decirlo, pero no me apetece nada ir a su casa. Montó un numerito de telenovela, se tiró al suelo desmayada después de decirme llorando que no le hacemos caso, que está sola, que nos crió a mi hermano y a mí sin que nos faltara nada, que estamos deseando que se muera para quedarnos con el piso y con el dinero, y montones de cosas más. No podía levantarla, tampoco quería llamar al médico; sabía que era

cuento, así que me fui y la dejé tirada en el suelo, llena de remordimientos y con el miedo de que me llamara alguna vecina al cabo de unos días para decirme que la habían encontrado muerta. El timbre del teléfono me devuelve al presente. Número privado.

—¿Sí?

—Hola, ¿puedo hablar con Irene, por favor?

—Sí, soy yo.

—La llamo del hospital, su madre está aquí. No es nada grave, un brazo roto, pero sería conveniente que vinieran a buscarla.

Después de colgar el teléfono, cojo el bolso y las llaves del coche. Me acerco a la mujer que entró hace un rato y da vueltas sin decidirse y le digo que tengo que cerrar.

¿Qué le habrá pasado? ¿Se habrá caído en la bañera? No creo, me habría llamado a mí desde casa; ha tenido que pasarle algo en la calle.

Entro a urgencias y pregunto en el mostrador, donde me indican el número del box en el que está mi madre. Cuando descorro la cortina, la veo sentada en un sillón, con los ojos cerrados. Tiene el brazo izquierdo enyesado y con la mano derecha se sujeta la frente en actitud doliente.

—Mamá.

Abre los ojos, me mira, y vuelve a cerrarlos, quedando en la misma postura que antes.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Y qué más te da? ¿Te importa algo lo que me pase? Podría estar muerta y a ti te daría igual.

—No digas eso. No empecemos, te lo pido por favor.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —pregunta ella ahora.

—A mí nada. Me he asustado cuando me han llamado para decirme que estabas aquí.

Abre los ojos y, por la forma en que me mira, sé que va a dar su golpe de gracia.

—Ya. Como has venido tan deprisa, pensé que creías que ibas a heredar ya.

—¿Vas a contarme cómo te has roto el brazo?

—La gente, que no tiene educación.

No quiero escuchar lo que va a decirme. ¿La gente? Pensaba que se habría caído en la calle. Me siento en una silla que hay a su lado, aunque no pregunto; según lo que le diga, se limitará a cerrar los ojos y no abrir la boca, así que decido esperar. No tengo que hacerlo mucho rato, enseguida empieza a hablar; le encanta contar historias que ella amolda a su conveniencia, le da la vuelta a todo para quedar siempre como la víctima.

—He ido a comprar el pan, y al pasar por el lago que hay en la plaza de al lado del médico, había un niño bañándose en calzoncillos con un perro. Le he dicho que saliera del agua, que estaba sucia y que iba a coger una infección. Entonces ha venido un hombre, digo yo que sería el padre, porque era igual de feo que el niño, y ha empezado a gritarme, aunque no entendía lo que me decía; eran extranjeros. He pasado tanto miedo, con ese hombre tan grande y el perro ladrando... No le he dicho nada más, te lo juro; entonces, me ha empujado y me he caído al suelo. Luego se ha ido y me han recogido para llevarme al ambulatorio. Desde allí me han traído aquí en una ambulancia.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te metas en lo que no te importa? Si ese niño coge una infección no es tu problema.

Murmura algo en voz baja, que no llego a oír, y me muerdo la lengua, porque hoy no tengo ganas de discutir y no me hace falta preguntarle a nadie de los que estuvieran allí para saber que lo que me ha contado es la versión *light* de lo que

ha ocurrido. La buena, la que pasó de verdad, no tiene nada que ver con lo que acaba de narrar. Sí que habrá ido a comprar el pan y en el lago estarían el niño y el perro, pero ella no le habrá dicho: «Niño, sal del agua, que vas a coger una infección», ella le habrá dicho: «Niño, sal del agua ahora mismo, ¿no te da vergüenza? En calzoncillos, seguro que te has meado en el agua, qué asco. ¿Te piensas que estás en la selva? ¿Es qué ves a algún niño en el agua? Y el perro suelto, seguro que está lleno de pulgas. Diles a tus padres que te den educación, que aquí no nos bañamos en las fuentes». Entonces, habrá venido el padre, pero ella no se habrá callado, habrá seguido insistiendo, dándole golpecitos con el dedo índice en el pecho, hasta que él la habrá empujado. Si no ha sido así exactamente, se acercará mucho.

Me levanto y la ayudo a incorporarse. Salimos de la habitación y hacemos el trayecto hasta el coche en silencio. La ayudo a subir y, cuando arranco, no hemos dicho ni una sola palabra.

¡Me gustaría tanto que mi madre fuera normal! Es tan excesiva que agota. Le cuenta su vida a todo el que esté dispuesto a escucharla, ¿no se da cuenta de que la gente huye de ella? No tiene amigas, nadie le gusta, todo el mundo tiene un pero, nadie es bueno para ella. Es insoportable. Me da pena decirlo, porque es mi madre, pero veo que las vecinas cruzan de acera cuando la ven en la calle; no se habla con ninguna. Ha denunciado a medio bloque, le molesta todo: el volumen de la televisión, el perro de la vecina de arriba, los niños del tercero... Todo.

Llegamos a su casa y se sienta en la butaca, donde pasa la mayor parte del tiempo.

—¿Qué quieres comer?

—No tengo hambre.

—Si después quieres algo, no podrás preparártelo tú sola.

—No querré nada, a ver si así me muero antes y dejo de estorbar.

No le replico, me voy a la cocina y abro la nevera a ver qué puedo hacer. Se cuida bien. Lo que encuentro no está mal, todo es de calidad, nada de ofertas ni bandejas envasadas, y me pregunto cómo puede comprar en ese supermercado tan caro sabiendo la de números que tengo que hacer yo para que el dinero me alcance para todo. Nunca me pregunta si necesito algo. Le dejo los platos preparados para que solo tenga que meterlos en el microondas y pongo una naranja pelada dentro de una fiambarrera, para que no se seque. Cuando termino, voy al comedor. Sigue en el mismo sitio donde la dejé. Continúa enfadada conmigo, aunque no tiene ningún motivo; lo sé por el modo en que me mira.

Cojo el teléfono y lo dejo encima de la mesa que tiene al lado.

—Tengo que irme. Te dejo el teléfono aquí, por si necesitas llamarme. En la cocina te he dejado la comida y la cena, solo hace falta calentarla.

—Acabo de decirte que no tengo hambre.

—No tienes ahora, pero no vas a estar sin comer todo el día.

—Te importará mucho lo que yo coma.

Gira la cabeza para mirar por la ventana, ignorándome, y dando la conversación por terminada. Salgo sin despedirme y, al pasar por la cocina, entro, abro la nevera, cojo un paquete de jamón que debe de haberle costado un dineral y lo meto en el bolso. Esta noche cenaremos a su salud.

Cuando llego a casa estoy agotada, aunque no es cansancio físico; mi madre es un vampiro energético, me deja seca. Ha sido una pérdida de tiempo, sé que preferirá comerse las plantas que tiene en el alféizar de las ventanas antes de tocar lo que he cocinado para ella.

Cojo el móvil para escribirle a Mario y me doy cuenta de que no puedo hacerlo; tengo que esperar a que lo haga él primero. ¿Me compensa esta relación con un hombre casado? Aunque a lo que tenemos no se le puede llamar relación. Somos amigos, y eso no sería malo si no fuera porque lo que siento por él no tiene nada que ver con lo que siento por un amigo. Me gusta. Mucho. Los minutos a su lado pasan volando, y si me acuerdo de él me da un vuelco el estómago.

De momento me compensa, no le pido más que los ratos que le robamos al tiempo, pero llegará un momento en que no será suficiente. Lo sé, porque me conozco, y porque cada día que pasa tengo más necesidad de estar con él. No me conformaré con las migajas, pero ahora no puedo renunciar a lo poco que tengo. Cómo me gusta estar con él. Esto no me había pasado nunca. A veces me habla y lo escucho a medias, porque todos mis sentidos están puestos en otra cosa; mis ojos se van a su boca y me muero de ganas de besarle.

Dejo el teléfono en el sofá sin enviar ningún mensaje; quizá debería empezar a poner distancia. Cuando no estamos juntos me siento mal porque pienso en su mujer y, aunque no la conozco, me siento culpable, porque daría lo que fuera por estar con él; pero cuando lo veo me da igual todo, porque lo quiero tanto que ahora mismo mi vida sin él no tendría sentido. Así que cada día tengo que librar una batalla dentro de mí. Una parte me hace sentirme una mala persona, me siento sucia y mezquina; la otra mitad intenta convencerme de que no soy culpable de nada. Casi siempre gana el lado oscuro, ese que todos tenemos; me digo que yo soy libre, que el que está casado es él, así que pienso poner de mi parte todo lo que haga falta para que esto llegue a buen puerto. No es un capricho, me he enamorado como una loca a una edad que no toca, o quizá la edad no importa y lo que importa es que él no es libre.

Oigo llegar a Clara.

—Hola.

—Estoy aquí.

—Ya te veo —me dice cuando entra al comedor. Se ríe como diciendo *eres tonta, ya sé que estás aquí, te estoy viendo*. Se acerca al sofá y se deja caer a mi lado. Clara necesita más tiempo del que necesitaría cualquier persona para hacer las cosas. Tuvo un tumor en la cabeza cuando era pequeña; había que operar, era eso o perderla. La operación tenía sus riesgos, pero no había opciones; el tumor desapareció como desapareció ella. Cuando salió del quirófano Clara no era Clara; era su cuerpo, pero parte de ella se fue con el tumor. Con seis años tuvo que aprender a caminar de nuevo, a hablar, volvió a llevar pañal, no sabía llevarse la cuchara a la boca. Lloré tanto que me sequé por dentro. Parecía que tenía escamas en la piel; por más crema que me pusiera, no lograba que desapareciera ese aspecto de pergamino viejo en que se habían convertido mis brazos y mis piernas.

Fui muy dura con ella, la obligaba a caminar cogida a mis brazos, las dos frente a frente; yo andando de espaldas y ella avanzando muy despacio hacia mí. Nunca me alcanzaba, porque yo no dejaba de dar un paso tras otro hasta que estábamos agotadas. Parece que estoy viéndola arrastrando los pies mientras intentaba decirme que estaba cansada, sin conseguirlo porque no era capaz de juntar las letras para formar las palabras.

Si quería algo, ella lo señalaba, pero yo no se lo daba hasta que no lo nombraba.

«Aaaaguuuua —le decía yo arrastrando las vocales—. Ahora tú». «Aaaabaaaa», decía ella cerrando los ojos. Cada pequeño triunfo se celebraba por todo lo alto con las cosas que más le gustaban: la dejaba meter los dedos en la lata de

leche condensada hasta que se hartaba de chupárselos; otras veces, aunque ya estuviéramos con el pijama puesto porque era la hora de irnos a la cama, la cambiaba de ropa y bajábamos al parque, la sentaba en el columpio y enrollaba la cadena hasta que ya no podía más para luego soltarla y que girara deprisa mientras ella gritaba con la cabeza echada hacia atrás. Y así, poco a poco, Clara volvió a ser un poco más ella, mientras yo empecé a ser un poco menos yo.

No había tiempo para mí, mis necesidades pasaron a un segundo plano; el tiempo se escurría entre sesiones de fisioterapia y logopeda. Nuestra casa se convirtió en un cuartel general; nada de saltarnos las normas: practicar, practicar y practicar. A pesar del empeño, los avances eran minúsculos.

Un día de los que tenía visita con la psicóloga entró a la sala la neuróloga que había operado a Clara; era una mujer menuda, que debía de rondar los cincuenta. Me gustaba esa mujer; nunca me engañó ni adornó la verdad. Lo que me dijo es lo que ocurrió después, aunque el hecho de saberlo no amortiguó el golpe. Recuerdo la conversación como si la hubiéramos tenido ayer.

—Hola, Irene.

—Hola.

—Me he permitido la licencia de robarle unos minutos a mi colega —dijo mientras la psicóloga salía para dejarnos solas.

—¿Pasa algo malo? ¿Los resultados de las pruebas no son los que esperábamos?

—Tranquila, está todo perfecto. No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Voy a pedirte que hagas memoria y recuerdes el día en que Clara dio sus primeros pasos. No los de ahora, los de antes, cuando era un bebé. Estoy segura de que te acordarás, como estoy segura de que no la obligabas a caminar de un

sitio a otro para que aprendiera más deprisa, porque sabías que era cuestión de tiempo. Ahora es lo mismo, cuestión de tiempo. Está muy bien que hagas ejercicios con ella en casa, pero forzándola no conseguirás que avance. No voy a pedirte que hagas las cosas de manera diferente, solo que aflojes un poco la presión. Ahora ven conmigo un momento.

Se levantó y la seguí hasta un vestuario que supuse que sería el de las enfermeras. Me llevó a la zona de las taquillas y me colocó delante de una de ellas, la abrió y observé el interior; estaba vacía. La estudié sin entender qué pretendía. Ella me agarró de los hombros y me giró con cuidado hasta que quedé de cara a la puerta. Me vi reflejada en un espejo que había pegado en ella; era estrecho, apenas me veía entera. Se apartó de mí y desapareció de mi ángulo de visión.

—¿Qué ves, Irene?

La pregunta me pilló por sorpresa. Busqué en el espejo y no vi nada, solo mi imagen reflejada. Tenía miedo de contestar, porque sabía que la pregunta tenía truco.

—Vamos, no pienses, no es tan complicado. Solo dime qué ves.

—No veo nada, me veo yo.

—¿Estás segura?

Aunque estaba segura de lo que estaba viendo, no contesté; no sabía adónde quería llegar.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Siete meses —contesté sin dudar.

—Muy bien, veo que tienes buena memoria. Si durante esos siete meses no me hubieras vuelto a ver desde el primer día que entraste a la consulta, ¿me habrías reconocido?

Cerré los ojos un momento; no me gustaba regresar a ese momento, lo recuerdo como el peor de mi vida.

—Sí —contesté en voz baja.

—Entonces se supone que a mí debería pasarme lo mismo contigo; sin embargo, si nos hubiéramos cruzado por los pasillos del hospital, ni siquiera te habría saludado; es más, me atrevo a decir que aunque te hubiera encontrado en el ascensor sin nadie más, las dos solas, no habría reconocido a la mujer que entró en mi consulta hace tan solo siete meses. Tu hija necesita que su madre sea la misma de antes; para recuperarla a ella, antes tienes que recuperarte tú.

Mientras la oía hablar, observaba a la extraña que tenía enfrente. La doctora tenía razón; esa no era yo, era algo parecido a lo que fui. El pelo sin arreglar. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la peluquería? Aunque eso no era lo peor: estaba tan delgada que si me miraba la cara solo veía nariz y pómulos. Unas ojeras enormes hacían que los ojos parecieran más pequeños y hundidos. La ropa no ayudaba, el vestido me venía enorme; si me hubiera puesto un saco, no me habría sentado peor.

La doctora se acercó por detrás y quedó de nuevo a la vista. Volvió a cogerme por los hombros y habló dirigiéndose a la extraña del espejo.

—No pretendas adelantar al tiempo, es imposible. Cada cosa a su ritmo. Clara nunca volverá a ser como antes, pero podrá llevar una vida autónoma; mientras llega ese momento, disfruta de ella, no hagas que te odie por obligarla a hacer todas esas cosas que le cuestan un mundo. No sé por qué, pero con algunas familias me implico más que con otras. Mi misión es curar a Clara, debería haber unos límites que yo no debería traspasar; sin embargo, pienso que necesitas ayuda. La semana que viene tenemos visita, no quiero verte entrar a mi consulta con ese pelo, esa ropa y, lo que es peor, esa desesperanza que llevas dibujada en la cara. Si no veo un cambio de actitud, dejaré de tratar a Clara, le pasaré el expediente a

algún colega y no volveremos a vernos. Tu hija necesita una madre, no un fantasma.

—No puede hacer eso —dije dándome la vuelta y quedando frente a ella. Yo no quería a ningún colega, la quería a ella.

—Puedo hacerlo, y lo sabes. Ahora tú decides lo que quieres que pase.

Salió y, al quedarme sola, le di una patada con tanta fuerza a la puerta de la taquilla que rebotó y volvió a quedar abierta. Entonces, le di una y otra vez mientras la puerta se abría y se cerraba, hasta que se desprendió la bisagra de arriba y la puerta quedó colgando hacia delante.

—Mamá.

La voz de Clara me hace volver al presente.

—Dime.

—¿Puedo ir al cine esta tarde?

—¿Con quién?

—Con mis amigas.

—¿Vendrás a cenar?

—Sí.

—En mi bolso hay dinero. Ten cuidado, no vengas tarde y carga el móvil; no quiero que te quedes sin batería.

—¿Te piensas que soy tonta? Ya tengo quince años.

—No pienso nada de eso, es que no quiero que te pase nada. Soy tu madre y esto es lo que hacen las madres: preocuparse por las hijas.

—Todas las madres no hacen eso. La abuela no se preocupa de ti —dice mientras deja caer la cabeza en mi pecho y me coge una mano—. ¿Me pintas las uñas?

Cambia de tema con una facilidad pasmosa, sabe que su abuela es tema tabú.

—En mi bolso hay una cosa que compré para ti, no me acordaba. Ve a buscarlo.

Al volver, trae en la mano una bolsa de una tienda de ropa que le encanta y saca un vestido largo de esos que se llevan casi arrastrando por el suelo.

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta, qué bonito. ¿Puedo estrenarlo hoy?

—Claro, para eso lo compré, para que te lo pongas cuando quieras. Estarás muy guapa.

Empieza a probarse el vestido y tengo que hacer un esfuerzo para no levantarme a ayudarla. La veo batallar con los tirantes cruzados de la espalda y miro hacia otro lado para no ver cómo se queda atascada dentro de él. Ella no me pide ayuda. Tira de la tela hacia abajo hasta que logra ponérselo; ahora sí me levanto para subirle la cremallera.

Me alejo un poco para verla bien y siento una pena inmensa al ver a mi hija, porque si no se mueve ni habla, es una adolescente como otra cualquiera, está preciosa con ese vestido, pero en cuanto empieza a caminar, se romperá la magia. Es probable que se le enreden los pies en el bajo, porque es demasiado largo, y cuando vuelva del cine lo traerá con algún roto porque se le habrá enganchado en algún parachoques o en cualquier otro sitio. Entonces maldigo a la mala suerte, esa que llegó un día en forma de avellana, esa que le impedirá a mi hija estudiar y dedicarse a lo que hubiera querido, esa que no dejará que lleve una vida normal, esa maldita mala suerte que hace que cada día cuando me despierto por las mañanas dé gracias por seguir viva, porque no quiero pensar cómo será su vida el día que yo no esté.